



Se ha acusado a la generación de nuestro tiempo de que es una generación a la que le falta la fe y que camina en la oscuridad. Los textos de este día nos invitan a fortalecer nuestra fe. En la primera lectura encontramos mandamientos del Señor que buscan cuidar la vida y la fe del pueblo de Israel. “Graba en tu corazón los mandamientos que hoy te he transmitido”.

Crear en un Dios que los ama es la gran fuerza de un pueblo que se sostiene en medio de muchos otros pueblos que creen en otros dioses. Creer en el Señor es la brújula que dirige su camino. Pero no es sólo una fe de palabra, sino una fe que implica toda la vida. Una fe que exige una entrega plena y una donación de toda la persona, para ponerse en manos de su Señor, aún en los momentos de oscuridad.

Es una fe que se sostiene y alimenta del amor que nos tiene nuestro Creador y que se ilumina con su palabra. Es una fe que en los momentos de oscuridad sostiene, no basados en las propias fuerzas, sino confiando plenamente en la Fuerza del Señor.

El pasaje del Nuevo Testamento también nos habla de la fe. Los discípulos no pueden enfrentarse al mal y no son capaces de vencer la enfermedad de aquel muchacho. El reclamo de Jesús es la falta de fe. En nuestro mundo de ciencia y tecnología nos hemos vaciado de fe y creemos que está reñida con la ciencia. Sin embargo, la fe, va mucho más allá.

Así como el amor, aunque haya estudios, no puede reducirse a datos científicos, tampoco la fe. Es confianza plena en el Señor. Quizás en los últimos tiempos hemos confundido la fe, con esa espectacularidad que ofrecen algunos grupos religiosos prometiendo curaciones asombrosas.

Pero la fe es mucho más: es la vida del justo, es el sostén del creyente, es la guía del discípulo. Hoy pidamos el don de la fe, pero también busquemos los caminos para hacerla más fuerte: la oración, la enseñanza, la lectura orante de la palabra y la confianza en el Señor.